

IMÁGENES DE GUERRA Y LIDERAZGOS EMERGENTES: 62 días del conflicto chiapaneco

José Antonio Trejo Sánchez

Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública UAEM

“Ya no estamos en el drama de la alienación, sino en el éxtasis de la comunicación”.

Jean Baudrillard.

“Nadie resucitará a los muertos, pero nadie, tampoco, desplazará el conflicto de la zona del símbolo y de los actos que resumen o inauguran miles de otros actos”.

Carlos Monsiváis.

Contenidos los caminos de la desorganización y el conflicto armado, las reflexiones en torno a los acontecimientos de Chiapas se convierten en una tarea compleja y de riesgosa empresa para el investigador. Cuando uno observa la realidad desde el presente, las precisiones son difíciles, porque los contornos aún no se definen y los efectos del movimiento aún no llegan a sus últimas consecuencias. La sociología, y en general las ciencias sociales, han creado instrumentos teóricos y metodológicos particulares para tratar tales casos; el análisis de la coyuntura y los estudios de caso, se derivan de este hecho.

Pero hay otra perspectiva que acude a este horizonte, por demás impreciso, que por no contar con una definición más precisa, denominaremos como el interés por la incoherencia, labilidad y polisemia del dato social (Maffesoli, 1994: 18). Se trata de una lógica, cuya consideración sobre el movimiento y las fluctuaciones, predomina sobre la búsqueda de causalidades o la visión del mundo que pretende ser totalmente explicativa, para situarse en un enfoque parcial y provisorio de los acontecimientos.

Este estudio del presente subraya una necesidad metodológica frente a una realidad incierta, con fronteras imprecisas o móviles, que estudia lo complejo, lo imprevisible, lo inédito y lo inacabado. De ahí que su argumentación hecha mano de conceptos y metáforas nuevos, que no son ajenos a los “tipos ideales” weberianos, los “caracteres esenciales” de Durkheim o la “tipicidad” de Schutz. Como sostiene Michel Maffesoli, esta sociología del presente se

emplea como un encuadre específico para destacar la variedad de los fenómenos sociales, para descubrir que en el curso de la misma investigación “progresivamente aparecen sus propias limitaciones”.

Lo que cierto vocabulario posmodernista enmascara con el inventario elegante y exploratorio de la “deconstrucción” y el simulacro, la perspectiva cualitativa que retomamos deslinda las apologías del desorden y las grandilocuencias apresuradas, para ajustarse sencillamente a su objeto de estudio. Procurando un equilibrio precario entre lo efímero y pasional que lleva en su seno todo hecho social y las formas estructurantes que necesariamente el sociólogo tiende a develar y detallar. Este ajuste entre lo lógico y lo “no lógico” es un esfuerzo por conjuntar el vaivén constante entre el orden y el desorden que encontramos inextricablemente articulados en el mundo societal.

Esta perspectiva que descansa en un relativismo metodológico, nos permite por llamarlo así, escuchar y sintonizar con aquellos ecos que se desprenden del mundo de la sociabilidad. Este ensayo con una búsqueda plural y estilística, pretende que el mayor número posible de lectores goce de los frutos del conocimiento, que muchos quisieran sólo para iniciados.

ANTE TODO EL ESCENARIO

Reconocer que las nuevas condiciones tecnológicas y culturales, están transformando y diferenciando las percepciones y relaciones sociales del mundo contemporáneo, ha conducido a muchos autores a considerar que el movimiento general de la sociedad está cada vez más expuesto ante lo más aleatorio (Balandier, 1988: 15). De hecho, quienes afirman que la edad de los media está imponiendo un nuevo régimen de sociedad, hablan del advenimiento de las imágenes y lo espectacular (Baudrillard, 1988; Debord, 1990), como el territorio más preciso para el conocimiento de la socialidad.

En este sentido, la “socialidad está cada vez más estructurada por la imagen” (Maffesoli, 1994: 19). Aunque esta constricción teatrocrática ha estado presente de alguna manera en todas sus formas, en todos los tiempos y en todas las sociedades pasadas, lo innegable es que asistimos a un cambio de régimen. La naturaleza de los medios y las actuaciones generadoras de orden y desorden han cambiado, en ciertos casos realidades, pueden ofrecer hoy, lo que podría abordarse como sugerente en todo aquello que se ha considerado como la realidad virtual o mediática.

A continuación nos vamos a permitir captar tanto la imagen como su imposición en el cuerpo social. Categorías paroxísticas como el poder, la fuerza, el rito, la teatralidad, la duplicidad, lo trágico, nos abrirán paso al re-

gistro y comprensión del acontecimiento que hemos considerado. Metodológicamente se trata de un recorrido que va de encrucijada a encrucijada para descubrir lo que desde dentro y desde fuera nos cuestiona e impresiona del alzamiento zapatista de enero.

El levantamiento armado iniciado con la toma de seis cabeceras municipales de la región de los Altos de Chiapas: San Cristóbal, Altamirano, Ocosingo, Las Margaritas, Chanal y Huixtán, con incursiones militares simultáneas, es la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) como tal. En este caso, es el comienzo de las hostilidades y del período bélico, que duraría solamente 12 días. El objetivo del mismo es una ofensiva propagandística inicial, para retirarse como ejército a la selva e iniciar lo que podría considerarse la defensa como guerra prolongada.¹

Hay que señalar que días atrás se vislumbraban los indicios de lo que iba a suceder. En víspera del año nuevo, son denunciados en la prensa local y nacional algunos movimientos y secuestros de camiones en la zona. En San Miguel de la Selva el día 29 de diciembre y en Larrainzar el día 31. Se preparaba entonces el escenario, los últimos detalles eran afinados.

El primero de enero el factor sorpresa inauguró las acciones militares del EZLN y con ellas el inicio de las representaciones y las actuaciones del mismo. Al respecto, consideramos que esta puesta en escena social (Balandier, 1988: 107), es también parte de las tácticas y estrategias de un actor político en su desenvolvimiento y lucha en el campo de la política. Donde cabe distinguir claramente dos aspectos: la acción y la actuación. La primera la entendemos como la “intervención efectiva” que realiza determinado colectivo o actor en las estructuras materiales de una sociedad. La segunda, es sólo una representación que puede o no operar como una acción, no pudiendo escapar nunca de los efectos de su escenificación o representación espectacular.

En este sentido, las tomas de seis cabeceras municipales realizadas por el FZLN en enero, conjugan tanto elementos de efectividad militar, como de propaganda y espectacularidad colectiva. No sólo había que demostrar organización y capacidad ofensiva, sino también ganar el espacio y la cobertura noticiosa para convertirse en un nuevo protagonista de la vida política nacional. Los sucesos durante las primeras horas del año, son el evento para la presentación del zapatismo como un ejército de carácter étnico, que reivindica la legitimidad de la lucha armada.²

1 Cfr. Los materiales publicados por el Centro de Estudios de la Gobernabilidad, A.C., en *El Financiero*, los días 3 de febrero, 9 de febrero, 14 de febrero, 17 de marzo, 3 de agosto y 17 de agosto

2 Cfr. Las Declaraciones de la Selva Lacandona Contenidas en la hemerografía correspondiente a este artículo

Ni las repetidas denuncias de su existencia y preparación para la sublevación, lograron disipar el factor sorpresa al tomar las plazas y palacios municipales de las poblaciones citadas. Como operativo fue preparado con mucha paciencia y detalle, el transporte de las tropas, su aglutinación, la sincronía y coordinación de sus movimientos, la contundencia al momento de las tomas, todo ello para operar espectacularmente, como si se tratará de un “verdadero poema”.

Aunque a hurtadillas en algunos casos (Ocosingo), y con paso marcial en otros (San Cristóbal), las tomas sirvieron para hacer gala de su organización y despliegue militar. Primero se apoderaron de los puntos vitales (gasolineras, farmacias, comandancias) y bloquearon los accesos principales, para apoderarse de las plazas y establecer sus primeras acciones propagandísticas. En Ocosingo, apropiándose de la radiodifusora XEOCH, transmitiendo arengas revolucionarias y música ranchera; en San Cristóbal concediendo las primeras entrevistas y conferencias de prensa; en las demás cabeceras destruyendo los palacios municipales, tomados como símbolos de la opresión mestiza, liberando presos, haciendo notar los principios contenidos en la Declaración de la Selva Lacandona y pintando paredes, con mensajes destinados al ejército y al “mal gobierno”.

Es indudable que los efectos persuasivos y demostrativos fueron elocuentes en cada momento de la escala zapatista. Pero sin lugar a dudas, su contacto directo con la población y el carisma de su dirigente más visible en ese momento, superaron con creces los temores y reservas de la opinión pública y la sociedad ilustrada (intelectuales, universitarios y artistas).

ENTRE LA SIMPATÍA Y LA HISTERIA COLECTIVA

La contraparte del alzamiento zapatista, lo fue sin duda la respuesta militar y política del gobierno. En origen como reacción al ataque a la sede militar en Rancho Nuevo, aunque conociendo en principio una parálisis del ejército y gobierno federal que no sabían a bien, como responder a lo que sucedía en las primeras horas del conflicto. Sin embargo, una vez tomada la opción de las armas se echaría a andar la maquinaria de guerra, que abre las puertas a un fenómeno temido e impredecible: la dinámica de la violencia.

En este caso, las imágenes de la guerra circularían aceleradamente, generando una saturación en los medios que llegaría incluso a sobreponerlas sobre los acontecimientos reales que se sucedían en ese momento.³

3 Cfr. El excelente trabajo de Raúl Trejo Delarbre. “Chiapas la comunicación enmascarada”, en donde se da cuenta de las imprecisiones, voluntarismos y subjetividades que desplegaron

Como una escena teatral el acontecimiento se nos traduce según su representación. Poco se ha reparado aún, en esta nueva condición histórica, en donde encontramos la doble preeminencia de la noticia y la imagen sobre la realidad real. Con la primera, nos encontramos con la irrupción de la espectacularidad, como universo de los “inmediatos” (Balandier, 1990: 159), donde el tiempo secuencial y cronológico se pierde en el vértigo de la información; producto de ello, es la imposición de otra realidad, que transmiten a lo real a una especie de vida por duplicado: las cosas pasan en el mundo real, pero al mismo tiempo, pasan de otra manera, maquilladas y escenificadas.

“Esta situación cambia radicalmente la relación con la temporalidad. Debido a la gran velocidad de su transmisión, la imagen actual anula casi la relación comúnmente establecida entre el espacio y el tiempo. Los medios de comunicación realizan la ubicuidad; por la imagen y el sonido, hacen presente simultáneamente en numerosos lugares el acontecimiento, real o ficticio, grabado en otra parte, cualquiera que sea la distancia” (Balandier, 1990: 160).

Al respecto, la avidez por la noticia, tiende a crear ambientes que buscan la espectacularidad de los acontecimientos y que muchas veces, como sucedió durante el conflicto en Chiapas, a falta de eso, se acudió a su invención. Denominada como la “fabulación de la información” (Trejo, 1994: 32), por alguno de los pocos comunicadores que llamó la atención sobre estas distorsiones, la avalancha de noticias no siempre se acompañó de la seriedad o profesionalismo de los medios por comprobar rumores y versiones sobre los hechos.

Dos situaciones fueron elocuentes al respecto. La primera tuvo que ver con las versiones periodísticas de supuestos bombardeos que el Ejército Mexicano inició durante los primeros enfrentamientos con el neozapatismo. Sin confirmación alguna, se paso sin más, con un afán más de espectacularidad que de informar, a especular sobre el hecho de que la población civil e indígena estaba siendo objeto de una masacre área. La noticia se convirtió pronto en denuncia de prácticas militares de “tierra arrasada” en los Altos de Chiapas, producto más de corazonadas que de comprobaciones en el área.

Más adelante, sería el mismo ejército quien aclararía sobre el particular.⁴ Es cierto, que en su retirada los insurgentes sufrieron algunas bajas y heridas, como más tarde indicaron a la prensa, pero fue más producto de una acción bélica persecutoria que de una movilización masiva contra la población civil.

los medios masivos de comunicación durante el conflicto armado en los Altos de Chiapas

4 Cfr. Las aclaraciones del teniente coronel Pablo Ruiz Martínez de que durante los enfrentamientos el Ejército Mexicano sólo utilizó metralletas de largo alcance G-3 y *rockets* *La Jornada*, 26 de enero de 1994.

Si bien, las muertes en ambos lados fueron como en toda guerra pérdidas desafortunadas, las dimensiones del conflicto fueron cobrando un carácter desproporcionado y tendencioso. En ocasiones, los medios cobraron vida propia, exigiendo tomar partido en el conflicto, o bien, presentándose como partícipes del mismo.⁵ Más que claridad informativa hubo fabulación en los medios, que perseguían más generar reacciones que reflexiones en el público.

“Sin normas profesionales explícitas, pero sobre todo sin exigencias suficientes por parte de los lectores, radioescuchas y televidentes, algunos de ellos ofrecieron versiones contradictorias y, por lo general, parciales e incompletas de lo que estaba ocurriendo en la inusitada guerra chiapaneca. La Jornada y Televisa fueron, cada uno de estos medios en extremo del espectro ideológico, los casos más paradigmáticos, pero no los únicos, de ese manejo informativo parcial.

El de los supuestos bombardeos fue el caso más notorio, por la gravedad que implicaba. Pero el manejo noticioso que atendía a versiones parciales, no siempre comprobadas, y sometido a la subjetividad, el susto o el interés específico de los informadores, se repitió en cada uno de los días del conflicto en Chiapas, al menos hasta que las negociaciones entre el gobierno y el EZLN llegaron al término de su primera fase” (Trejo, J 1994: 33).

Otra situación que nos ilustra sobre los efectos de la representación en la guerra chiapaneca, lo fue el *affaire* que destacó el semanario *Proceso*⁶. Se trata de una fotografía que había circulado inclusive en agencias internacionales, en la cual aparece el cadáver de un joven supuestamente combatiente del EZLN, que yace junto a un rifle de madera, en las afueras del mercado de Ocosingo. Dicha foto resultaba impresionante y dramática. Sin embargo, resulto falseada.

Como destaca el semanario antes mencionado, hubo unas primeras gráficas sobre el mismo cadáver. Fotografiado por los primeros periodistas que llegaron a Ocosingo, el joven estaba en la misma posición pero sin rifle alguno. Alguien lo había puesto en el lugar, para conseguir una foto más llamativa y sugerente. Como más tarde se comprobaría, además el joven muerto no era un neozapatista, sino un locatario del mercado de Ocosingo. La imagen era una simulación.

Con esto no tratamos de negar los días cruentos de enero, ni tampoco la violencia desatada, sino la mediatización y la representación que estuvieron en juego y que pusieron en jaque las responsabilidades y las actividades de los medios frente a un conflicto bélico que en gran medida los sobrepasó.

Aunque ahora hay más tiempo para revisar cuidadosamente los acontecimientos, las representaciones del conflicto impusieron sus normas y modu-

5 Recuérdese la forma cómo los titulares de *La Jornada* destacaron el ametrallamiento de una combi con periodistas a bordo. *La Jornada*, 3 de enero de 1994

6 Cfr. *Proceso*, núm. 904. 28 de febrero de 1994.

laron de cierta manera las subjetividades colectivas de aquel momento. Estas dieron cuenta de que de nuevo la sociedad del espectáculo se impuso como paradigma de las conductas, intencionalidades y adhesiones de la mayoría. En la ciudad de México se organizaron movilizaciones y rituales de rebelión, que ante la espiral de la violencia hicieron emerger toda clase de ordalías de confusión, miedo y paranoia.

La lección sociológica y psicológica, formulada a partir de las experiencias sociales generadas por el conflicto bélico a partir de enero, aclara el escenario de nuestro presente. La cuestión de la violencia ha sido planteada a la sociedad mexicana de una manera intempestiva y dramática, que más que anunciar el tiempo de la violencia, nos traslada a el de la conciencia de la violencia. Por la imagen mediática de los insurgentes caídos en Chiapas, la de las informaciones sobre la existencia de otros grupos armados en el país (en estados que reúnen características similares de pobreza y desigualdad social), la de las ficciones violentas del heroico Subcomandante Marcos, que invade las conciencias y el imaginario individual hasta seducirlo.

RESONANCIAS TARDÍAS DE UN POETA MUERTO

De un modo sugerente y metafórico, podríamos comenzar por afirmar que la rebelión indígena en Chiapas fue también la insurrección de las máscaras y los pasamontañas. Lo que nos lleva a otra parte del problema, que es la propia representación del EZLN entre los medios y la opinión pública. Poco se ha reparado en ello, pero ya es tiempo de ejercer una crítica sobre la propaganda y la publicidad que han hecho del neozapatismo una mistificación de la insurgencia.

Desde la aparición misma del EZLN, durante la toma político-militar de San Cristóbal de las Casas, han revelado un dominio inteligente de los medios de comunicación, inclusive desenvolviéndose con frecuencia en las fronteras de la publicidad y el *marketing* político. Lo que ha llamado la atención y generado simpatías para el movimiento no es sólo una cuestión de orden político, sino sobre todo una definición estética y discursiva de sus acciones.

A largo del conflicto, las imágenes de jóvenes indígenas armados más con desconfianza que con armamento moderno, comenzaron a invadir el espacio visual de los medios (en particular fotos, videos y más tarde la televisión). Hay que recordar las primeras, aquellas salidas de la toma de San Cristóbal de las Casas, que como cuadros tipo Casasola puestos al día, repitieron aquellos momentos de rebelión, olvido y agravio social. La insurrección quedó retratada con numerosas fotografías que nos presentaban a jóvenes, muchos

jóvenes, invadiendo primero los corredores del palacio municipal y, luego, saliendo al paso desde la selva a cuanto periodista pudiera introducirse al terreno del conflicto.

Lo que llamaba la atención de estos primeros neozapatistas, no sólo era su atuendo -paliacates de colores, rifles de madera, armamento de bajo calibre-, que mostraba indudablemente la desigualdad de esta guerra, sino sobre todo el hecho de que estaban ahí. Aquí la sorpresa aparece como algo exótico, invariable, una inmovilidad que nos es ajena y próxima a la vez. Son pues, los rebeldes de siempre, que cuando nadie los esperaba nuevamente están de regreso. Por una parte, no hay manera de asimilarlos a las imaginaciones modernizadoras tan de boga en el sexenio; por la otra, nos recuerdan que no hay forma de represión que pueda librarse de ellos por mucho tiempo: volverán siempre. Así pues, irían desfilando uno a uno, nuevos personajes en el paisaje del alzamiento zapatista: después de la tropa vendrían los comandantes Moisés, Lama y Marcos.

"Es uno de los pocos que tienen la cara cubierta y que está armado con una metralleta. El único que no es indio. Mientras había, saca una pipa de la faltriquera, se la pone en la boca por la apertura del pasamontañas, pero no la enciende. Se expresa con la claridad del intelectual acostumbrado a comunicarse con la gente simple. Es seguramente mexicano, pero no es posible identificar el acento. Una muchacha, también ella con un pasamontañas negro y ojos de japonesa, se queda junto a él durante toda la entrevista".⁷

La anterior es una crónica de la entrevista que el corresponsal del periódico *L'Unità*, periódico del Partido Comunista Italiano, le hizo al entonces Comandante Marcos, jefe de la operación que realizó la toma de San Cristóbal de las Casas, durante las primeras horas del alzamiento. Como esta, vendrían no sólo notas periodísticas, sino también una cantidad nada despreciable de crónicas y anécdotas sobre la personalidad de quien aparecía como el líder más visible de este movimiento armado. .

A partir de entonces la obsesión de muchos medios por la personalidad del subcomandante Marcos generaría una serie de notas y versiones que con frecuencia rayaban en la especulación y la banalización de la información. Sin embargo, el vocero de los insurgentes aprovecharía con audacia la cobertura de la que era objeto para desplegar una imagen de su personalidad y, de la insurgencia, de la que pocos analistas políticos, intelectuales Y periodistas escaparían.

La fascinación por el pasamontañas del sub comandante Marcos, generó un torbellino de reacciones, simpatías y apologías que se distanciaban con rapidez de la reflexión y buen juicio de sus admiradores. Quizá son los menos

7 Cfr *Proceso*, Núm. 897.10 de enero de 1994 p 8.

quienes hayan reconocido con claridad que uno de los rasgos predominantes en los gestos y los textos de Marcos, sea que para hacer política, haya hecho espectáculo (Trejo, 1994: 336). Como alguien nos advierte, el subcomandante nos invita a un doble juego: la del discreto que procura ocultarse y la del impúdico que se revela.

Mas allá, la función del pasamontañas fue escénica, que bien pudo tener en su momento razones de seguridad y hasta de respuesta a factores climatológicos propios de la montaña en donde el EZLN tiene su centro de operaciones, pero no puede negarse que sus efectos han sido fundamentalmente propagandísticos. Es cierto, que hemos asistido a una insurrección en el sureste mexicano, pero también es innegable que se nos ha presentado maquillada y escenificada, inclusive por sus propios protagonistas.

Quien haya visto los videos de Epigmenio Ibarra, quien fue de los primeros que entrevistó no sólo al subcomandante, sino también a lo que se supone es la Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (CGEZLN), podrá notar cómo se destaca la figura de Marcos en todo momento. Al principio del video transmitido por *Multivisión*, aparece subiendo una pendiente con fango en todas partes y con un *zoom* a sus botas haciendo ruido al caminar; se nos presenta también saliendo de la bruma de la montaña y fumando con solvencia una vieja pipa; e inclusive, cuando aparecen los miembros de la Comandancia neozapatista es Marcos quien los lleva hacia los reporteros y preside el encuentro. El atuendo también es escénico: un poncho negro y grandes cananas rojas que le dan dramatismo a las declaraciones del subcomandante.

“Las declaraciones de Marcos se presentan detallada, largamente. Para darles mayor dramatismo, el productor del programa juega con el contraste entre el pasamontañas oscuro y los tonos claros de la región selvática en donde presumiblemente tuvo lugar la conversación: en varios momentos, la imagen de Marcos aparece en blanco y negro, con lo cual resulta más hierática e intensa que en color, y a ratos como contrapunto se presentan algunos detalles solamente en rojo.

Rojo, negro y blanco: aunque con un profesionalismo técnico y a veces incluso periodístico que no se aprecia en otros programas o espacios televisivos sobre la guerra en Chiapas, el uso intencionado del color llega a tener efectos políticos, más que simplemente plásticos. Ese manejo fotográfico contribuye a la mitificación del personaje Marcos” (Trejo, 1994: 341).

Desde su aparición en San Cristóbal las expectativas y las simpatías por los pasamontañas se asentaban en una ansiedad y fascinación por la imagen. Más adelante, durante las pláticas de paz en la Catedral de esta cabecera, el despliegue teatral del evento inhibió en varias ocasiones la importancia política e histórica que revestía aquel momento. Desde la llegada secreta de los

representantes guerrilleros, hasta su regresó cuasi-místico a la selva después de las pláticas con el comisionado Manuel Camacho Solís, los atuendos y el manejo de símbolos como la bandera nacional e imágenes religiosas, dejarían constancia de que los neozapatistas entraban a la sociedad del espectáculo (Debord, 1990), sin mayor problema, a pesar de las quejas del propio sub comandante por la banalización de su imagen durante esos días.

En una sociedad asimilada por los “nintendos”, la ambigüedad del pasamontañas tiende a establecer el mismo efecto que las máscaras, que más que esconder señala y produce sentidos, en este caso, efectos y nuevos actos. La afinidad de Marcos con los periodistas, que en todo momento recibió y atendió durante su estancia en la Catedral de San Cristóbal, es el reconocimiento de una mutua atracción por todo aquello que represente espectacularidad. Al llegar a las pláticas de paz, posando y enseñando pierna para el deleite de admiradores y periodistas, el sub comandante inició una marcha colectiva, esta última a la selva de las imágenes.

El lugar en donde ha tenido una mayor acogida la personalidad insurgente de Marcos, ha sido en los medios impresos no sólo a través de entrevistas, crónicas y reportajes, sino también con la publicación, en algunos casos total (véase *La Jornada*), de sus comunicados y pasquines político-morales. En este caso, sobresale el estilo retórico y audaz del vocero de los insurgentes, un arte que también sirve para hacer política, porque se dirige al sentimiento, al sentimentalismo y a la indignación. Los méritos de esta retórica han sido destacados por Octavio Paz, de la siguiente manera:

“El lenguaje de funcionarios: frases hechas de cartón y de plástico; el subcomandante Marcos, aunque desigual y lleno de subidas y caídas como un tobogán de montaña rusa, es imaginativo y vivaz. Sus pastiches del lenguaje evangélico y, con más frecuencia, de la elocuencia indígena, con sus fórmulas recurrentes, sus metáforas y metonimias, son casi siempre afortunadas. A veces es chabacano y chocarrero, otras brioso y elocuente, otras satírico y realista, otras machacón y sentimental... Su fuerte no es el razonamiento sino la emoción y la unción; el púlpito y el mitin”.⁸

En particular, los mensajes del sub comandante tenían como destinatario a un sector de la sociedad mexicana: las clases medias urbanas. De ahí en gran medida su lenguaje ligero y provocador, periodístico y sentimental, porque tenía como objetivo seducir a un público acostumbrado al lenguaje de los medios y además ajeno a las realidades del “tercer piso” del México contemporáneo. De nuevo, como en 1988, ante una crisis de expectativas y un vaciamiento de las “identidades intermedias”, la fascinación populista por un liderazgo místico adquirió notoriedad en una sociedad aún débil para conformar sus propios liderazgos autónomos.

8 “Chiapas; hechos, dichos, gestos”, *Vuelta* Núm. 208. marzo de 1994. p. 57.

“Delante de la palabrería con frecuencia hueca del poder político y sobre todo, añadimos nosotros, en un panorama de desconfianza por parte de un amplio sector de ciudadanos, las epístolas del sub comandante y sus comparecencias en los medios fueron atractivas entre quienes buscaban nuevas certezas” (Trejo, 1994: 369).

La otra cuestión es la de la violencia misma. Ya habíamos indicado que su asociación se traduce en términos de inseguridad; esa palabra, ese fenómeno, que engloba todos los temores y todas las incomprensiones de una sociedad. La acción violenta circula y amenaza siempre con desatarse. Es, de un modo general, un fenómeno de comunicación; utiliza la vía armada como un canal por el cual se transmiten mensajes (apelando a las miserias lo mismo que a los derechos ancestrales), la sorpresa aterradora como un medio para forzar la atención pública; se sirve de los medios de comunicación, hace de éstos un amplificador y un arma que es necesario manejar con la eficacia de una ametralladora; es su modo de acción de masas sobre los espíritus, su manera de existir mediáticamente a fin de tener acceso a la existencia política por la dramatización violenta (Balandier, 1990:194).

Lo imaginario de la violencia, en otro nivel, alimenta el sueño de la guerra civil, pero sólo engendra su realización bajo la forma de un ritual trágico y espectacular. Porque hace de la acción un drama demostrativo, una simbolización trágica, haciendo uso de la manipulación de las emociones colectivas, para transformar a algunos actores en personajes casi heroicos o en rebeldes con identidades múltiples. Una capacidad mistificadora y seductora que en ocasiones amenaza con ser delirante.

“Salud, hermanos topos zapatistas. Hemos brillado gracias a vuestro paciente y oscuro trabajo. Viene ya de nuevo la negra noche de la infamia. Se acerca el fin de nuestro ciclo. Os prometemos brillar intensamente, hasta cegar al sol, antes de desaparecer definitivamente. Hasta la hora última saludaremos aliado oscuro que respaldó nuestro brillo. Luz interior que se filtró a través nuestro alumbrar este pedacito de historia.

Estaremos al frente, como los que nos precedieron. Honraremos la dignidad de nuestros muertos... Hermanos topos, ya casi se llega el final del camino nuestro... Será entonces vuestro turno, topos queridos. No olvidéis lo que fue el paso nuestro... No olvidéis nunca la palabra que nos hizo grandes, aunque sólo fuera un momento: PARA TODOS TODO, NADA PARA NOSOTROS. Adiós amados topos, tened presta la bandera y preparad ya, y sin descanso, a los que habrán de seguir. Llega vuestro turno de cubriros el rostro, borrad ya vuestro nombre, renegad del pasado vuestro, preparad vuestra tierna furia, velad las armas pues la paz se aleja tan veloz como llegó. Permitidnos antes, topos lejanos, como saludo postrero, enviaros nuestra mano izquierda en la sien...”⁹

9 *La Jornada*, 26 de marzo de 1994. p. 19.

Los límites de esta adhesión al neozapatismo, aparecieron muy pronto, con las dificultades de formalizar una alianza popular, o siquiera una alternativa al liderazgo proveniente “desde las alturas” (los coqueteos de intelectuales y críticos de izquierda con la posibilidad de una candidatura camachista). Como lo señalan, quienes hablan desde la condición que impone la sociedad del espectáculo, “los espectadores no tienen memoria; por esto tampoco tienen remordimiento ni verdadera conciencia. Viven prendidos a la novedad, no importa cuál sea con tal de que sea nueva” (Paz, 1994: 57).

“Ningún esfuerzo pudo convertirlos a la seriedad de los contenidos, ni siquiera a la seriedad del código. Se les dan mensajes, no quieren más que signos, idolatran el juego de los signos y de los estereotipos, idolatran todos los contenidos mientras se resuelvan en una secuencia espectacular” (Baudrillard, 1987: 117).

Es comprensible, entonces, la sentencia de que quienes simpatizan con el FZLN en las urbes tienden a identificarse más con el sub comandante Marcos que con los indígenas. De ahí, las imágenes idílicas y las trivializaciones del conflicto:

“Por fin, a las seis y media de la tarde nos dan autorización para dormir en un poblado. Los compañeros periodistas y camarógrafos se habían retirado. Los insurgentes se habían descubierto el rostro y con una escolta de tres jóvenes armados llegamos al poblado.

El anfitrión tenía fiesta en su casa; era la ‘sentada del Niño Dios’. En un pequeño cuarto de madera con teja había un altar con las imágenes de San Martín de Porres, un Cristo y Juan el Bautista. Lo adornaban banderitas de plástico de colores, hojas de palma y Nochebuenas; una vela iluminaba el lugar. Una pequeña batea de madera un paliacate azul contenía al desnudo Niño Dios. Al día siguiente estaba sentado, vestido y cubierto con el paliacate.

Esto es como una película, comentó Royer: estar sentado a la mesa, frente a un altar, con la escolta armada, en una población indígena, comiendo frijol, tamales, tomando caldo de gallina y café.

Afuera la marimba sonaba. Eran las 19:30 horas; unas cuantas velas alumbraban y parejas de jovencitas bailaban alegremente. La lluvia, que duró toda la noche, no interrumpió la procesión y la fiesta terminó a las dos de la mañana. Al amanecer nos llevaron café caliente y pudimos platicar con los milicianos.”¹⁰

A manera de conclusión, sólo nos resta sacar algunas reflexiones finales. La idea central de este artículo es que al enfrentamos al acontecimiento, asistimos no sólo a la realidad del hecho histórico sino también a su representación y mistificación. De ahí que, el éxito publicitario del FZLN consistió en la solemnidad ritual de sus presentaciones y en haber incursionado en la

10 La *Jornada*, 20 de enero de 1994, p.3.

seducción mediante el recurso de la espectacularidad y audaz manejo de los símbolos nacionalistas y las imágenes religiosas. Y que gracias a la circulación de la imagen y la noticia como fuentes mediáticas de hacer política, lograron durante los meses considerados ganar la batalla de la opinión pública.

BIBLIOGRAFÍA

- Balandier, George (1990). *El desorden. La teoría del caos y las Ciencias Sociales*. España, Gedisa, 237 pp.
- Baudrillard, Jean (1987). *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairós, 193 pp.
- Baudrillard, Jean (1988). *El otro por sí mismo*. Barcelona, Anagrama, 87 pp.
- Debord, Guy (1990). *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona, Anagrama, 109 pp.
- Maffesoli, Michel (1994). *El conocimiento ordinario*. México, F.C.E., 216 pp.
- Trejo Delarbre, Raúl (1994). *Chiapas. La comunicación enmascarada*. México, Diana, 383 pp.

HEMEROGRAFÍA

- Cuadernos Agrarios*. Chiapas: movimiento indígena y campesino. Núm. 8-9. *Nueva Época*. México, Cuadernos Agrarios A.C., 238 pp.
- “Declaración de la Selva Lacandona”, Primera y Segunda. *Comunicados*. 1o. de enero a 23 de marzo. 64 pp.
- El Financiero*. 2 de enero al 4 de marzo de 1994.
- La Jornada*. 2 de enero al 4 de marzo de 1994.
- Paz, Octavio. “Chiapas: hechos, dichos, gestos”, *Vuelta* Núm. 208. Marzo de 1994. pp. 55-57.
- Proceso*, Núms. 897 (10 de enero), 898 (17 de enero), 903 (21 de febrero) y 904 (28 de febrero). Dir. Julio Scherer García. Semanario de Información y Análisis.
- Zermeno, Sergio (1989). “El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden”, en revista mexicana de sociología num. 4. octubre-diciembre. pp. 115-50